

ala delta

Alfredo GÓMEZ CERDÁ

**AVENTURAS DE NICO:
EL SECRETO DEL GRAN RÍO**



Nico y Marga deciden pasar un fin de semana en la Sierra. El mal tiempo les hace pensar en emprender el regreso cuando son testigos de un hecho insólito: en medio de la niebla aterriza un helicóptero y dos hombres entregan al piloto un cuadro que parece la copia exacta de *La maja desnuda*, de Goya.

Alfredo Gómez Cerdá es autor de numerosos libros para niños y jóvenes. Recibió muchos premios: *el Lazarillo*, *lista de honor de la CCEI* y otros.

Aventuras de Nico:
El secreto del gran río

*A mi amigo Julián
y al resto de la banda.*

Índice de contenido

Cubierta

Aventuras de Nico: El secreto del gran río

1. Un helicóptero misterioso.
2. La única pista.
3. Un pintor olvidado.
4. Una noche lluviosa.
5. Despegue inmediato.
6. El gran río.
7. Huida en crucero.
8. Celestino Perdices y señora.
9. Mohamad.
10. Revuelo en El Cairo.

1. Un helicóptero misterioso.

S IEMPRE ascendiendo, bordearon una gran roca sin abandonar el camino y, luego, como poseídos por la misma idea, volvieron sus cabezas al tiempo. Acababan de dejar atrás la laguna de Peñalara y no podían encontrarse a más de cincuenta metros del agua; sin embargo, la niebla, cada vez más densa y abundante, la había cubierto por completo, así como a los montes de los alrededores.

–¡Es increíble! –comentó Marga, y en sus palabras se percibía claramente una gran inquietud.

–Sólo es niebla –respondió Nico, aparentando tranquilidad y con una sonrisa forzada.

–Pues... impresiona todo esto. No me digas que no. Además, no hay nadie por aquí.

–Puede que haya miles de personas a nuestro alrededor, lo que ocurre es que estarán ocultas entre la niebla. – Nico siguió con su tono distendido y bromista.

–¿Estás seguro de que no nos perderemos? –Marga miraba insistentemente a su alrededor, como tratando de descubrir algún rincón conocido que le tranquilizase un poco.

–He ido montones de veces a la laguna de los Pájaros. Éste es el camino, estoy seguro. Lo que tenemos que hacer es seguirlo siempre, sin salirnos de él.

Marga tiró ligeramente de las correas de su mochila, hasta ajustársela mejor a los hombros y, sin decir más, continuó la marcha.

Verdaderamente, el tiempo se había puesto en su contra. Habían planeado la excursión con todo detalle desde el momento en que sus padres, amigos de siempre, decidieron hacer juntos una escapada de fin de semana a Londres, para comprar algunas cosas. Nico y Marga se lo hicieron saber de inmediato: «Si vosotros os vais a Londres, nosotros nos iremos a la Sierra, de acampada». Desde aquel momento, comenzaron a pensar en el lugar y, finalmente, se inclinaron por una ascensión desde el puerto de Cotos hasta la laguna de los Pájaros. El hecho de que el ferrocarril les llevase hasta el mismo puerto era algo que tener en cuenta.

Habían preparado todo con ilusión y con detalle y, cuando subieron al tren, en Madrid, a pesar de que el cielo estaba muy cubierto, no podían sospechar las condiciones meteorológicas tan adversas que se encontrarían en la Sierra. Ya en Cotos se plantearon dar la vuelta y dejar la excursión para otro momento, pero la esperanza de que al día siguiente el tiempo mejorase, les hizo emprender la ascensión. Enseguida, una niebla que parecía salir de todas partes los envolvió por completo e incluso les hizo pensar, en más de una ocasión, que se habían perdido. La llegada a la laguna de Peñalara les tranquilizó un poco. Al menos, habían seguido el camino correcto. Ahora, Nico estaba seguro de poder llegar hasta la laguna de los Pájaros, a pesar de que la visibilidad cada vez era menor.

Los dos muchachos caminaban en silencio. Nico concentraba sus cinco sentidos en aquel camino, del que bajo ningún concepto deberían salirse. Marga, por el contrario, y sin saber muy bien por qué, se imaginaba a sus padres y a los de Nico paseando tranquilamente por *Oxford Street*, por *Piccadilly Circus*, o por cualquier otra zona de Londres, cargados con bolsas de grandes almacenes; tal vez se habrían detenido junto a una de esas diminutas *pizzerías* y en la misma acera estarían devorando una *pizza* caliente servida en un platillo de plástico. Al momento,

Marga cayó en la cuenta de que sus padres no harían eso, pues no les hacían mucha gracia las *pizzas*, y menos comerlas en la acera, de pie. Eso fue lo que había hecho ella el verano anterior, cuando había estado quince días en Londres, en casa de su amiga Elizabeth.

A veces, el camino se suavizaba y se ensanchaba un poco, permitiendo que los dos caminasen a la par; pero en otras ocasiones se hacía angosto y empinado e, incluso de uno en uno, tenían dificultades para seguirlo. También en algunos momentos la niebla parecía aclararse, dando la sensación de que descendía ladera abajo; pero sólo eran espejismos, ya que enseguida volvía a cerrarse, pertinaz, limitándoles la visión a no más de cuatro o cinco metros.

—Deberíamos dar la vuelta —dijo de pronto Marga—. Aunque lleguemos a la laguna de los Pájaros, con este tiempo no podremos movernos.

—Tal vez mañana mejore un poco. Por la radio dijeron que el tiempo cambiaría a lo largo del fin de semana.

—Me gustaría que quien dijo eso se encontrase aquí en estos momentos. Él sí que iba a cambiar, pero de opinión.

—No seas pesimista. —Nico volvió a intentar la sonrisa—. Estoy seguro de que mañana amanecerá un día completamente despejado. Además, ya no puede faltarnos mucho para la laguna de los Pájaros. Allí conozco un sitio fenomenal para acampar.

Marga suspiró, volvió a colocarse la mochila y aceleró el paso.

—Espero que tengas razón —comentó entre dientes.

Continuaron la marcha y continuaron también los pensamientos de cada uno. Ahora, Nico se preguntaba si no sería mejor hacer caso a Marga y darse la vuelta. Aún podrían coger un tren que los devolviese a Madrid. Simplemente, sería cuestión de plantearse el fin de semana de

otra manera. ¿No era una locura querer llegar a toda costa a la laguna de los Pájaros en esas condiciones?

Marga intentaba volver a Londres con sus pensamientos. Trataba de imaginarse de nuevo a sus padres en alguno de esos rincones que ella conocía, tal vez en *Hyde Park*, tumbados al sol en una de esas hamacas. ¿Al sol? Seguro que en Londres estaba nublado, lloviendo, con niebla... Se los imaginó después tomando un taxi negro y grandote, de los que no tienen maletero y se puede entrar casi sin agacharse.

De pronto, Nico se detuvo en seco. Marga, que le seguía embelesada, chocó contra él.

—¡Avisa! —protestó.

Nico parecía atento a algo.

—¿No oyes? —preguntó.

Marga aguzó su oído y enseguida percibió con claridad un ruido extraño y lejano.

—Lo oigo —respondió—. Pero ¿qué es?

—No sé. Parece un motor.

—Será un avión.

Los dos permanecieron quietos unos momentos. El ruido poco a poco iba creciendo en intensidad.

—¡Es un helicóptero! —exclamó Nico, cuando creyó haber descubierto la procedencia de aquel sonido, que desde el principio le resultó familiar.

—Sí —también a Marga le parecía un helicóptero—. Es el ruido característico de los helicópteros. ¡Pero no puede ser!

—¿Y por qué no?

—Ningún helicóptero se internaría en la Sierra con este tiempesito. Sería suicida.

—Tal vez se trate de una emergencia.

El helicóptero cada vez se sentía más próximo, y el ruido de su motor más claro y potente. Daba la sensación de que iba directamente hacia ellos. Los dos muchachos, un poco asustados, miraban a todas partes, tratando de loca-

lizar el aparato, pero la niebla, cada vez más espesa, les impedía cualquier visión. De pronto, el ruido se hizo atronador y sintieron el helicóptero sobre sus cabezas. Instintivamente se arrojaron al suelo y permanecieron muy quietos, el uno junto al otro. En esos instantes sólo esperaban una gran explosión, pues estaban convencidos de que el helicóptero se estrellaría contra el suelo de un momento a otro.

El ruido se había alejado un poco de ellos y luego se había quedado fijo, como si el aparato hubiese aterrizado tranquilamente o se hubiese detenido en el aire. Lo cierto era que no estaba muy lejos de donde se encontraban. Tras unos minutos de tensión, y al ver que la temida explosión no se producía, Nico y Marga se incorporaron despacio y siguieron escrutando infructuosamente aquellas nubes que los envolvían. ¿Cómo era posible que un helicóptero volase por un lugar escarpado y montañoso con visibilidad cero? Era una pregunta que Nico y Marga se hacían, pero que no acertaban a responderse.

A la izquierda del camino se extendía lo que parecía una ladera de un pequeño montículo. El terreno era accesible, pues en su mayor parte estaba cubierto por praderas de alta montaña.

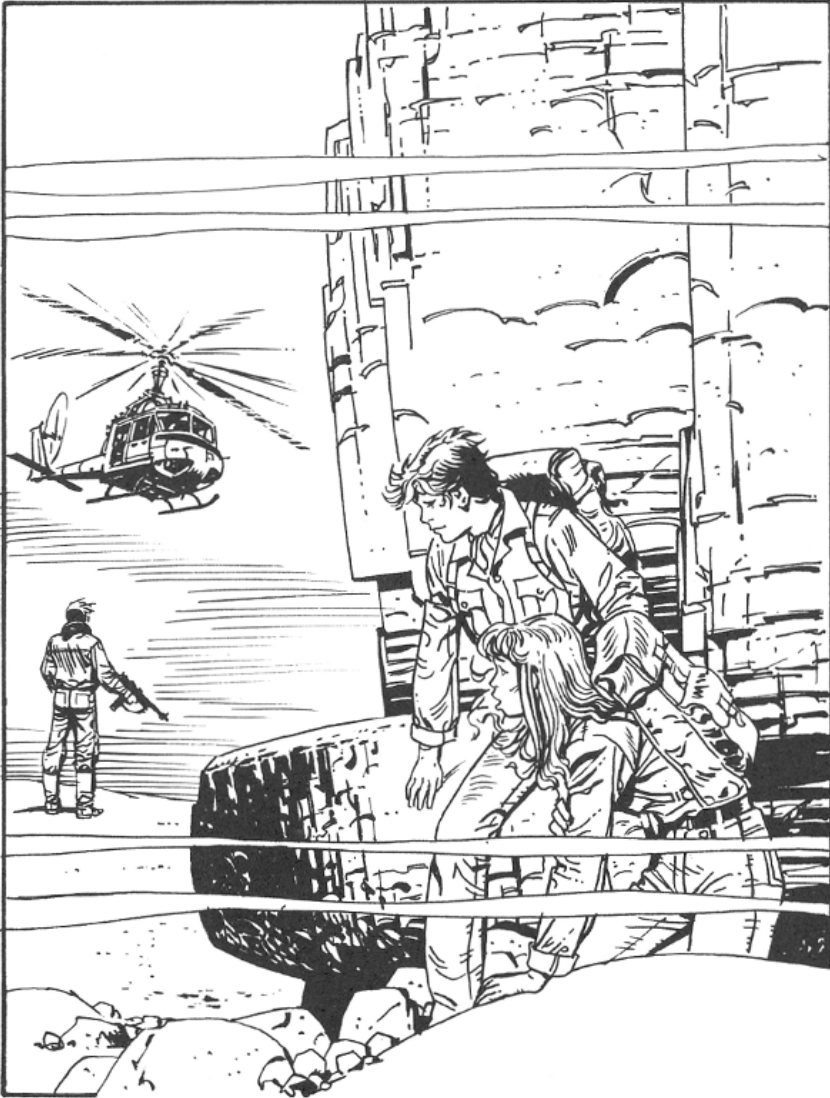
—¡Está ahí arriba! —dijo Nico—. Tal vez la niebla no llegue a la cima y haya podido aterrizar en un claro. Si lo han conseguido, habrá sido un milagro.

—Tenemos que subir hasta allí —comentó Marga—. Tal vez necesiten ayuda.

—Sí, vamos.

Comenzaron a ascender por la ladera. El ruido del motor del helicóptero, aunque había decrecido considerablemente, se sentía cada vez más próximo. Daba la sensación de que había aterrizado y mantenía el motor al ralentí. Como sospechaba Nico, a medida que ascendían, la niebla se aclaraba un poco, aunque no llegaba a desaparecer.

Tras bordear unas rocas con las que se toparon, ante sus ojos apareció algo que los dejó completamente atónitos. En medio de una pequeñísima planicie, posado sobre la hierba rala de la pradera, se encontraba el helicóptero. Su gran hélice giraba despacio, pero constante, acompañada por esa especie de martilleo del motor. No parecía haber nadie dentro del aparato ni por los alrededores, lo cual sorprendió enormemente a los muchachos. Cuando se disponían a avanzar resueltos, por el lado opuesto de aquellas rocas apareció un hombre armado con una pequeña metralleta.



Instintivamente, Nico y Marga retrocedieron unos pasos.

Cuando se sintieron protegidos tras las rocas, se dejaron caer al suelo y, sin perder de vista a aquel hombre, intentaron encontrar una explicación a todo aquello.

–Esto es rarísimo –exclamó Nico.

–Tal vez sean de la policía.

–No, ése no es un helicóptero de los que utiliza la policía. Y ese tipo armado... Esto no me gusta nada.

El individuo armado no dejaba de dar vueltas alrededor del helicóptero. Se mostraba impaciente e inquieto y miraba constantemente a todas partes, como si estuviese esperando la llegada de alguien que, por algún motivo, se retrasaba.

–Da la sensación de que está esperando a alguien – comentó Nico.

–¿Y por qué crees que irá armado? ¿Qué peligros puede encontrar en este lugar?

–No lo sé. Es todo muy extraño.

–Lo mejor será salir de aquí y hablar con él. Seguro que nos da una explicación convincente.

–¡Espera! –Nico detuvo a Marga, que ya estaba dispuesta a salir–. ¡Está haciendo señas!

Se agazaparon de nuevo y observaron llenos de curiosidad cómo aquel hombre alzaba en alto su metralleta con las dos manos y cómo la agitaba de un lado a otro. Al instante, casi como dos fantasmas que surgen de las tinieblas, aparecieron dos hombres más. Llegaban caminando, con visibles muestras de cansancio y transportaban un extraño paquete de forma alargada, envuelto en plásticos.

–¡Os habéis retrasado! –les dijo a modo de bienvenida el hombre de la metralleta.

–Hemos tenido que dejar el *jeep* muy abajo y subir andando –se justificó uno de los recién llegados.

–¡Menudo tiempecito! –exclamó el otro.

–¿Algún problema? –preguntó el de la metralleta.

–Sólo ese pintor, Bernardo Neira. A última hora le entraron remordimientos de conciencia.

–Bernardo Neira ya no cuenta para nada –sentenció con seguridad el de la metralleta–. ¿Y la pintura?

Los recién llegados alzaron ligeramente el bulto que llevaban y, al mismo tiempo, le respondieron:

–¡Aquí está!

–Quiero verla –dijo entonces el de la metralleta.

–¡Pero estás loco! ¡Puede mojarse!

–Me he jugado la vida para aterrizar aquí en estas condiciones y me la voy a volver a jugar para salir; así que quiero estar seguro de que todo está saliendo conforme se había planeado.

–¿Crees que si hubiese salido algo mal, estaríamos aquí?

–¡He dicho que quiero ver la pintura! –insistió el de la metralleta.

Aquellos hombres se acercaron a las rocas y se resguardaron del viento y del agua en un pequeño entrante, a escasos metros de donde Nico y Marga se hallaban escondidos. Los muchachos permanecían inmóviles, pues, aunque no entendían nada de lo que estaba ocurriendo, intuían que su seguridad podría estar en peligro si eran descubiertos. Desde su escondrijo veían perfectamente a los tres hombres, quienes con mucho cuidado habían comenzado a desembalar aquel extraño y alargado paquete.

–¡Con cuidado! ¡Con cuidado! ¡Es demasiado valioso! –repetía una y otra vez el hombre de la metralleta.

Al retirar el enorme plástico que la recubría, apareció una misteriosa caja cilíndrica, de aspecto metálico y de un metro, aproximadamente, de largo. Por uno de sus extremos tenía una tapadera circular, perfectamente enroscada. La abrieron con muchísimo cuidado y extrajeron una especie de carrete, al que algo, protegido por varias telas, estaba enrollado. Comenzaron a desplegarlo y, cuando más o menos habían sacado la mitad, quitaron las telas protectoras y enseñaron al hombre de la metralleta un lienzo pintado.

–¿Qué dices ahora? –le preguntó uno de ellos.

El hombre se quedó embelesado contemplando el lienzo.

–¡Parece increíble! –comentó.

Nico y Marga se miraron sorprendidos y ambos, por separado, se preguntaron si estaban soñando o se encontraban, como todo parecía indicar, muy despiertos, en un lugar de la sierra de Guadarrama, entre las lagunas de Peñalara y de los Pájaros. Como acababa de afirmar aquel hombre, aquello resultaba sencillamente increíble. El lienzo que los dos hombres sujetaban con orgullo era, o parecía ser, *La maja desnuda*, de Goya. Volvieron a mirarse, pero la proximidad con aquellos hombres les hizo permanecer callados.

El de la metralleta, ya satisfecho, se colgó su arma a la espalda y ayudó a los otros dos a envolver de nuevo el lienzo. Lo hacían con mucho cuidado, estudiando previamente cada movimiento.

—Nosotros ya hemos terminado —comentó uno de los hombres, dirigiéndose al de la metralleta—. Ahora te toca a ti. ¿Podrás salir de aquí sin dificultad?

—Sin dificultad es imposible, pero lo haré. No olvidéis que elegimos un día como hoy a propósito. Aunque fuese descubierto, nadie se atrevería a seguirme.

—¿Nos veremos en Málaga?

—No. Una vez que entregue el paquete, me esfumaré. Ésas son las órdenes.

—Entonces nos veremos en Egipto.

—Tampoco. Cuando el cuadro esté en Egipto, yo viajaré a una ciudad europea, que aún está por decidir. En ella fijaremos el centro de operaciones.

Una vez cerrada la caja, se dirigieron con ella hasta el helicóptero, donde la depositaron con cuidado. Luego, aquellos hombres se despidieron, estrechándose rápida y mecánicamente la mano. Los dos que habían transportado el lienzo se apartaron un poco y el tercero se sentó a los mandos. Al instante, la hélice comenzó a girar a más velocidad, al tiempo que el ruido del motor volvía a ser atronador. Al cabo de unos segundos, el helicóptero comenzó a despegar, se detuvo un instante en el aire, giró

noventa grados y se elevó verticalmente. La niebla volvió a ocultarlo por completo. Poco a poco el ruido de su motor se fue alejando.

Nico y Marga vieron cómo los dos hombres se marchaban del lugar. Aún aguardaron unos minutos para salir de su escondrijo, ya que como la niebla les impedía la visión, querían asegurarse de que aquellos hombres se habían alejado lo suficiente. Sólo entonces, cuando el silencio más absoluto volvió a apoderarse del lugar, salieron de entre las rocas y descargaron sus mochilas, que habían soportado durante todo el tiempo sobre sus espaldas. Se miraron un par de veces sin saber qué decirse y luego miraron obstinadamente a su alrededor, tratando de descubrir un indicio, cualquier cosa que pudiese aclararles la situación que acababan de vivir. Al fin, Nico negó un par de veces con la cabeza y dijo:

–Es imposible. Es completamente imposible.

–Eso mismo pienso yo, pero ese cuadro era..., o parecía ser, *La maja desnuda*, de Goya.

–Sin duda se trata de una falsificación.

–Lo más probable. Hablaron de un pintor, Bernardo Neira. Yo creo que esos hombres no pensaban hacer nada bueno.

Nico paseó nervioso de un lado a otro, luego alzó la mirada, como buscando una explicación en aquella masa algodonosa y húmeda que lo cubría todo. Se golpeó la frente un par de veces.

–Es que parece irreal, como un sueño...

–Pero no ha sido un sueño. Creo que es de lo único de que podemos estar seguros. –Marga se mostraba más realista–. Así que tratemos de hacer algo.

–¿A qué te refieres?

–Muy sencillo. Si estamos convencidos de que esos hombres pretenden hacer cosas poco lícitas con ese lienzo, denunciémoslo a la policía.

–Pero no tenemos ninguna certeza.